

del cielo, dejó confusa á la sabiduría mundana con sus prodigios multiplicados y con los asombrosos resultados que obtuvo para la fe. Solo restaba que con la debilidad de la cruz confundiese la fortaleza del mundo: y hé aquí lo que hizo padeciendo y muriendo por Cristo. Este es el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

El mundo, siempre pronto á derramar la calumnia sobre los verdaderos discípulos de Jesucristo, ha mirado en todas épocas la humildad y mansedumbre evangélicas como una debilidad de corazon, y como una pusilanimidad vergonzosa. Cerrando los ojos á la luz y obstinándose en negar los hechos mas concluyentes, solo vió un furor fanático en el valor de aquellos héroes magnánimos, que, pródigos de su sangre, la vertieron toda por confesar la fe y no querer desertar de las banderas del hombre Dios. Pero á pesar de las falsas ideas de un mundo avezado á satirizar todo cuanto tiende á destruir sus máximas, la religion reconoce en sus mártires un heroísmo digno de toda alabanza: y la misma sana razon no puede ménos de hacer justicia á aquella magnanimidad, que elevando el espíritu sobre todo temor, le conduce á arrostrar los peligros, y á burlarse de la muerte cuando se trata de sostener unas creencias, que una conviccion íntima ha recibido como emanadas del cielo.

Basta, señores, contemplar á nuestro apóstol san Bartolomé y examinar la fortaleza sobrehumana que mostró en sus padecimientos y dolorosa muerte, para quedar convencidos de esta verdad. Figuraos un hombre que ha colmado de beneficios á todo un pueblo: que ha sido el consuelo de los tristes, el recurso de los menesterosos, el padre de los huérfanos y el protector de los desvalidos; y que sin embargo, se ve acechado continuamente por los sacerdotes de los ídolos, calumniado y acusado ante el trono, y mirado como objeto de una venganza cruel. Nada de esto es suficiente para hacer que Bartolomé deje de sembrar el grano de la divina palabra en aquel vasto campo que el padre de familias le ha confiado. De dia en dia se multiplican sus gloriosas conquistas; la cruz vence, la cruz reina, la cruz se ve ensalzada sobre los escombros de los impuros altares de la Armenia. Por donde quiera renacen á la gracia

nuevos fieles que adoran lo que ántes habian blasfemado, y hollan con sus piés lo que un dia habian adorado. Entre tanto el encono de los sacerdotes de Astarot y de Berit contra el apóstol cunde prodigiosamente; hierve en ellos el deseo de venganza, y apelan á todos los medios posibles para exterminar á su rival.

Oh apóstol santo! Decretado está en los eternos consejos que debes ser una víctima inocente. Tu sangre debe regar ese terreno que con tus sudores fecundaste, para que de él broten todavía plantas mas fértiles y lozanas que hermoseen la militante iglesia. Prepárate para el combate. Ya tus enemigos urden un nuevo lazo á tu preciosa vida. Un rey pérfido y supersticioso en demasía, escuchando los consejos de hombres sedientos de carnicería, ha jurado tu muerte y prometídoles entregarte en sus manos.

En efecto, católicos, Astiages, hermano del rey Polemon, á quien Bartolomé convirtiera á la fe de Jesucristo, es el instrumento de que el infierno se vale para llevar á cabo el designio de perdicion meditado contra el santo apóstol. No bien este ha llegado á pisar los estados de aquel príncipe, por quien ha sido llamado fraudulentamente, cuando se halla rodeado de verdugos que con inhumanidad nunca vista se arman de instrumentos horribles, y tendiéndole en el suelo, comienzan á desollarle vivo. Qué tormento tan cruel! El fuego, los ecúleos, los potros no son tan dolorosos como este nuevo género de martirio. Contemplad, católicos, á Bartolomé sobre ese altar, en donde ofrece á su divino maestro el sacrificio de su vida pura y llena de merecimientos. No debilitan su valor los torrentes de sangre que corren de sus miembros; ni el aspecto estremeedor de la muerte es capaz de disminuir su heroica constancia. Fijos sus ojos en el cielo, contempla aquellas bóvedas estrelladas, que al mismo tiempo que le representan la gloria de su Criador, recuerdanle la eterna recompensa que espera á los que padecen por la justicia y combaten por el nombre de Jesus. Mira con frente serena sus miembros despojados de la piel, y convertidos en una sola y horrible llaga. En su semblante se descubre una alegría divina que le hace aparecer hermoso en medio de la mayor deformidad, y como un triunfador ilustre que entre las cadenas de la esclavitud y entre las angustias de la muerte, confunde á sus perseguidores con un heroísmo sin semejante, y

obliga á todo un pueblo idólatra á reconocer una fuerza sobrehumana en su constancia y paciencia singular.

De este modo confundía el Señor en la persona de su apóstol la fortaleza del mundo. De este modo daba testimonio de su divinidad y de la verdad de aquella religion que Bartolomé habia predicado y no cesaba de anunciar en medio de los tormentos. Oh fe sacrosanta! Tú adquieres una gloria incomparable con la sangre de tus mártires. Esa púrpura que tiñe las diademas con que adornan sus sienes en el combate, esas heridas que cubren sus cuerpos, son otros tantos trofeos que te hacen amable á los hijos de la luz, y terrible á tus enemigos. Estos no pueden sufrir que se multipliquen tus victorias; y sin embargo su misma crueldad no hace mas que engalanarte con nuevos triunfos.

Así sucedió en el martirio de nuestro santo apóstol. Á medida que el tirano se ensangrentaba en la inocente víctima, acrecentábase la admiracion de los mismos paganos, que no podian concebir como un simple hombre podia manifestar tanta constancia en medio de tormentos tan horribles, á no estar sostenido por un principio sobrenatural. La religion cristiana comenzaba á ser ya mirada con respetuosa veneracion por sus mismos perseguidores. Astiages no podia ménos de contemplar absorto aquel hombre cuyo valor en la lucha comprometia el culto de sus dioses, disminuyendo el prestigio de sus falsas creencias; y para evitar que el mal que presentia llegase á tomar un funesto incremento, manda al verdugo que consume el sacrificio, cortando la cabeza al apóstol. Monstruo de inhumanidad! En vano cebas tu hambriento furor en ese ser desvalido! ¡en vano sacias tu sed en su sangre sin mancilla! Él ha vencido al error y ha triunfado de la mentira; él ha desmentido la presuntuosa arrogancia de esos hombres que se creen fuertes, siendo viles esclavos de la debilidad de unas pasiones á que jamas supieron resistir. Bien presto tú y los cómplices de tu horrendo crimen experimentaréis á vuestro pesar la mano del Dios de Bartolomé. El que tiene su solio en las alturas os hará sentir el peso de su indignacion, y no habrá quien pueda sustraeros á su eterno furor.

En efecto, nuestro apóstol sufriendo por el nombre de su divino maestro la gran tribulacion, voló á adornarse en el cielo con aquella candidísima estola que el Cordero divino blanquea-

ra con su sangre preciosa. En tanto que su alma se sacia de las delicias inefabiles de la eternidad, y brilla como un astro en aquella mansion de gozo indefinible, la tierra se conmueve sobre sus cimientos; desencadénanse las potestades del averno; Astiages y los sacerdotes de los ídolos son atormentados horriblemente por el demonio, y acaban en breve sus dias con una muerte horrorosa. El paganismo se llena de pavor; la religion del Crucificado triunfa gloriosamente de las supersticiones gentílicas; los sagrados restos del mártir son recogidos con veneracion por los fieles, multiplícanse sobre su sepulcro los milagros; y la Armenia, y la Albania, y las Indias Orientales, los pueblos todos que Bartolomé habia engendrado en Jesucristo, resuenan con himnos de victoria, y le aclaman héroe invicto que con su muerte ha confundido la pretendida fortaleza de los héroes del mundo. *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

Adoremos, católicos, los designios de Dios, y no cesemos de admirar los medios de que se valió para establecer en la tierra esta religion que hoy dia domina en el universo. Oh! ¡cuán hermosa aparece esta hija del cielo adornada de las coronas que le reportaron sus primeros evangelizadores! Cómo brillan en ella los caractéres de la sabiduría y del poder de su autor! Cuando se reflexiona que unos hombres los mas ignorantes del vulgo, y los mas débiles en la opinion del mundo, fueron los que dieron el primer grito, y la anunciaron en medio de unas naciones bárbaras y poderosas; y que á su voz los césares, los sacerdotes, los filósofos, grandes y pequeños se ven precisados á ceder ante la conviccion irresistible que producen sus máximas; ¿quién no reconocerá en esto uno de los caractéres mas augustos de la divinidad? Un pobre pescador que al oír á Jesus que le llama, abandona su barca, y por su mandado recorre países desconocidos anunciando un Dios nuevo é ignorado, convierte millares de almas, funda iglesias, obra prodigios, padece con resignacion la calumnia y las persecuciones, se entrega á los verdugos, sobrevive á los tormentos, y muere en fin con alegría inalterable, ¿no es un hecho el mas portentoso que puede concebirse? ¿no es un fenómeno inexplicable? ¿Puede el hombre llegar á este grado de heroísmo con solas las fuerzas naturales? No, amados oyentes, la propagacion de la fe y el establecimiento del cristianismo no pueden explicarse sin recurrir á un principio

superior á los cálculos del humano entendimiento. Las obras de Dios jamas podrán medirse por las manos del hombre. La predicacion de los apóstoles y los copiosísimos frutos que por su medio recogió la fe en los pueblos idólatras, todo es efecto de la gracia de aquel divino Paracleto, que derramándose en el dia de Pentecostés sobre el cenáculo, inauguró el triunfo de la cruz en Jerusalem, para que de allí se extendiese por todo el orbe.

¡Cuán dignos pues son de nuestra veneracion esos hombres á quienes el Hijo de Dios escogió para ser los heraldos de su fe y los primeros fundadores de su iglesia! ¡Cuánto no debere- mos honrar á nuestro santo apóstol Bartolomé, en quien tanto resplandeció la sabiduría y la fuerza de Dios, con cuyo auxilio confundió la falsa sabiduría del mundo, esparciendo las puras luces del Evangelio en medio de las tinieblas del error, y dió por tierra con el colosal poder del culto pagano, clavando en medio de sus ruinas el sagrado pendon de la cruz! Mas no sea este, amados oyentes, el único fruto que saquemos de este discurso. No nos contentemos con una admiracion estéril. Alabemos al Señor en su santo apóstol, y al tiempo mismo animé- monos á imitar ese perfecto modelo de todas las virtudes. Sea para nosotros su fe un incentivo poderoso que nos anime á conservar la nuestra con todo esmero. Sírvanos su constancia de aliciente para pelear sin rendirnos, contra los enemigos de nuestras creencias. Que su pronta obediencia al llamamiento de Jesucristo, nos haga exactos en ejecutar las divinas inspira- ciones. Que su humildad nos conduzca á buscar toda nuestra gloria en los abatimientos de la cruz. Haciéndolo así, no dude- mos invocar el auxilio de tan poderoso intercesor. El cielo que tanto le distinguió, honrándole con los trofeos de apóstol y con los laureles de mártir, no dejará de manifestarse propicio á sus plegarias en favor de sus devotos. Experimentaremos in- dudablemente en esta vida los efectos de su intercesion, y perse- verando hasta el fin en el ejercicio de sus virtudes, merece- remos disfrutar de su misma felicidad en las eternas mansiones de la gloria.

SERMON

DE SAN BENITO.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

In manibus ascondit lucem, et præcipit ei ut rursus adveniat.

En sus manos esconde la luz, y le manda que vuelva de nuevo.

Job, c. 36. v. 32.

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta res- pecto de los hombres! Á unos conduce á la soledad para ha- blarles al corazon y satisfacerlos léjos del tumulto y desórde- nes del mundo. Á otros deja en el siglo para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, se- gun el Evangelio, y que no es fácil de hallar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla san Mateo, que co- locada sobre la montaña domina por su elevacion y su eviden- cia sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener mas testigo de su sabiduría que Dios, que es su princi- pio. Sin embargo es necesario confesar que han florecido san- tos, en quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la santidad de edificacion y de esplendor: santos, que al principio ha ocultado al mundo, y que despues los ha manifestado al público para la ejecucion de sus decretos eter- nos: santos, que mudando de lugar y de clima, no han mu- dado de costumbres; cuya santidad en el desierto estaba oculta en Jesucristo, y manifiesta en el mundo por el mismo Salva-